

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

TEODORO LLORENTE



Periodista incansable, de buena cepa
y poeta de nervio, fresco y valiente,
en el mundo del arte no hay quien no sepa
quién es Llorente.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Hablemos claro, por José Estremera.—La unión hace la fuerza, por Fiacro Yráyoz.—Abaniquerías, por José Jackson Veyan.—Palique, por *Clarín*.—Filípica, por Sinésio Delgado.—La segunda familia, por Juan Pérez Zúñiga.—Comunicado, por Ricardo Monasterio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Teodoro Llorente.—La cuestión social, por Cilla.



Siempre he sido enemigo de los días solemnes.

El de la Ascensión ha dejado en mi mente profunda huella.

—Va usted á subir á casa—me dijo Vázquez, con quien tuve la desgracia de tropezar en la calle del Olmo.—Tengo de días á mi esposa, y yo he salido á comprar una botella de jerez bueno, porque en estos asuntos no me fío de nadie. Mi señora y yo somos muy delicados para el vino; en casa lo gastamos de treinta y seis; lo hay más barato, pero es como si bebiera usted tinta... Conque véngase usted á casa.

—Pero...

—Se va usted á divertir. Nos hemos reunido unas cuantas personas de confianza y estamos bailando.

El caso fué que Vázquez me llevó á su casa quieras que no, y lo primero que hizo fué presentarme á su esposa, una especie de perro de lanas vestido de verde, que me saludó con mucha amabilidad.

—¿Conque es usted amigo de éste? ¡Cuánto me alegro! Pues ya le habrá dicho á usted éste que aquí estamos en confianza. Beba usted.

Y me presentó una copa de vino que tuve que apurar de un trago.

—¿Por qué no se sienta usted?—siguió diciendo la señora.

Yo quise sentarme, pero no había dónde, porque las sillas estaban ocupadas por las señoritas y los caballeros que formaban la reunión.

Lo que hice fué arrimarme á una cómoda sobre la que había una bandeja llena de copas y un frasco de vino; junto al frasco un busto de León XIII de yeso y otro del Ostión. En el centro, y arrimada á la pared, se erguía resplandeciente de belleza una escultura del Patriarca San José, con bata de percalina color de chocolate y bucles de pelo natural.

—¿Está usted contemplando esa obra de arte?—me preguntó el dueño de la casa.

—Sí, señor.

—Es cosa buena. Esta la traje de Roma un tío de mi mujer que fué allá en clase de peregrino, y al propio tiempo se llevó una partida de garbanzos á ver si los colocaba. Allá le metieron en la cabeza que se hiciera sacerdote, y se hizo, porque tenía muy buena voz y tocaba algo la guitarra; de modo y manera que hoy está en Badalona de ecónomo y nos ha dejado esa efigie como recuerdo.

—Y el traje del Santo ¿ha venido también de Roma?

—No, señor; ése se lo hizo mi esposa: tiene dos, y en cuanto ensucia uno le ponemos el otro.

Es muy buena persona el Sr. de Vázquez. En aquélla casa no se oye una voz más alta que otra; los esposos se llevan como dos ángeles, y en cuanto se presenta ocasión oportuna, ya están avisando á los amigos para que vayan á bailar allí y á beber un poco de vino bueno.

La noche de la Ascensión habían acudido á aquella casa muchas personas apreciables. Entre ellas figuraba un matrimonio digno de particular mención. Ella es una señora andaluza, que pesa nueve arrobas y ha sido tiple de zarzuela, pero comenzó á

engordar, y una noche, haciendo *El dominó azul* en Añover, tropezó en una cáscara de melón y fué á caer sobre el director de orquesta, al cual produjo varias lesiones graves. Á consecuencia de esto, el director tuvo que irse á vivir á expensas de su suegro, abandonando el arte, porque se le quedó inútil la mano derecha, y la tiple se retiró de las tablas y vino á Madrid, donde obtuvo un destino para su esposo en la Administración económica de la provincia. Todo lo que tiene ella de voluminosa lo tiene él de desmirriado é insignificante; pero ¡cómo toca la guitarra aquel hombre! ¡Ah! ¡Qué manos las suyas!

Este matrimonio posee un hijo de unos doce años intitulado Nabor, que canta, grita y baila con un salero excepcional.

—Á ver, Naborcito—dijo Vázquez,—vas á cantar cualquier cossilla para que te oiga este caballero, que es de la prensa.

—¡Ay! ¿Es usted de la prensa?—me preguntó la extiple, clavando en mí aquellos sus ojos semejantes á dos huevos de paloma.

—Sí, señora—contesté yo bajando los míos.

—Pues va usted á oír á mi chico. Yo no debo alabarle, pero es una notabilidad.

El esposo cogió la guitarra y se dispuso á acompañar al niño, que era una especie de sapo con pantalón corto.

Entonces dijo la madre:

—Anda, Naborcito, cántale primero la romanza de *Las hijas de Eva*, como te la he enseñado yo; pero procura que no te dé el hipo; antes come un poquito de pan seco.

El niño se comió un zoquete enorme, mientras su papá afinaba el instrumento y me decía la madre:

—Canta muy bien, sólo que algunas veces se le introduce el aire por el otro conducto, y entonces le da un hipo muy fuerte.

El niño se plantó en medio de la sala, llevóse ambas manos al corazón y rompió á cantar como si estuviese poseído de un vértigo.

—¡Bravo, bravo!—gritaban todos los de la reunión.

Á la mamá se le caían las lágrimas hilo á hilo; el papá, lleno de emoción, quería pulsar las cuerdas y pulsaba el vacío, y Vázquez, entretanto, llenaba las copas y decía: ¡ole!

Después el niño bailó un tango retorciéndose todo, á manera de negro con dolores de vientre, y acabó por recitar unas décimas bastante malas, escritas por un poeta de Hellín, con motivo de la última inundación del Segura.

Hubo felicitaciones para los papás, besos para el niño y vino para todos. La mamá, aprovechando las circunstancias, me llamó aparte para decirme:

—Este niño lo que necesita es protección. Nuestro deseo sería enviarle á Italia, pero no contamos con recursos. Usted podía en su periódico ayudarnos muchísimo. Lo que nosotros queremos es llevarle á palacio, y ya nos lo había prometido un chico sevillano pariente de Fabié, pero luego se volvió atrás. También nos aconsejaron que diésemos un concierto en Martín, para que le oyeran los ministros y demás personas de la aristocracia. ¿Qué le parece á usted?

—Me parece una gran idea.

En fin, yo tuve que apelar á la fuga para que no me volviera loco aquella madre cariñosa.

Vázquez me decía:

—Pero ¿se va usted ya?

—Sí, señor; me están esperando.

—¿Á estas horas?

—¿Pues qué hora es?

—Las doce y media.

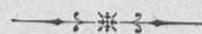
—Precisamente es cuando debo marcharme.

—Pero ¿no va usted á tomar otra copita?

—No, señor; tengo que velar á un amigo que está con la es-carlatina y no quiero olerle á vino.

Aquella noche la pasé toda ella agitado y nervioso. Durante mi intranquilo sueño creí ver, dando vueltas alrededor de mi cama, á Vázquez, á la tiple, al niño y á San José con la bata de percalina y los bucles de pelo natural, amenazándome furioso con la vara y queriéndome tirar á la cabeza el busto del Ostión. ¡Oh, qué espantoso sueño!

LUIS TABOADA.



HABLEMOS CLARO

I

Así un gatazo romano
hablaba con la mamá
de una gatita morisca
en las bardas de un corral:
—Señora, su hija de usted,
que, como usted sabe ya,
me tiene loco perdido
con su gracia y con su sal,
dice que, para que todo
vaya con formalidad,
era preciso que habláramos
usted y yo.

—Es natural;
como que es una gatita
inocente, y á su edad,
si no consulta conmigo,
me la pueden engañar.
Usted sabe que está el mundo
perdido; que la moral
está por los suelos; que,
el que menos y el que más,
está á la que salta, y ella
no es de las que han de saltar
á no ser con un minino
de responsabilidad.
Y ya que quiere entenderse
conmigo, dicho se está
que trae buenas intenciones
y es usted gato formal.
Vamos á ver: ¿con qué cuenta
usted para regalar
á mi chica?

—Pues, señora,
hablando con claridad,

ella tendrá de seguro
un ratón para almorzar,
pájaros al mediodía
y algo de queso además;
y si se ofrece que llega
alguna solemnidad,
tendrá un plato extraordinario
que ella misma elegirá.
—Pues francamente le digo
que no me parece mal,
y que de usted es la Mirza
y que ya no hay más que hablar.

II

—Oiga usted, amigo mío,
dicen en la vecindad
que usted es gato casado
y nos quiere usted engañar.
—Sí, señora, me casé
unos dos años hará;
pero mi señora y yo
siempre nos llevamos mal.
—¡Luego usted nos ha engañado!
—Será una barbaridad,
pero yo adoro á su niña;
no lo puedo remediar.
—¡Y á cambio de los escándalos
que de seguro tendrá
le ofrece usted pajaritos
y ratones! ¡Qué maldad!
Puesto que es usted casado,
de lo dicho nada hay ya...
¡á no ser que usted convenga
en dar á la chica más!

JOSÉ ESTREMEIRA.

LA UNIÓN HACE LA FUERZA

Dos autores notables, cierto día
apostaron no sé cuánto dinero,
para ver, de los dos, quién escribía
la comedia mejor siendo el primero.

Aceptaron la apuesta,
fingiendo una modestia algo inmodesta,
y los dos se pusieron al momento
á pensar un asunto, un argumento
que, aunque no fuera sólido en su base,
ni nuevo, ni español si era preciso,
tuviera alguna gracia y se prestase
para poder salir del compromiso.

Y, en efecto, así fué. Los dos autores,
con esa ansia febril que nos devora
y tras muchos desvelos y sudores,
el mismo día y á la misma hora
presentaron un fajo de cuartillas
repletas de romances y quintillas.

Como aquí se *la dan* al más ligero,
pues siempre para un tuno hay otro tuno,
si de los dos ninguno fué el primero,
no fué tampoco el último ninguno.

Cumplido de este modo el requisito
de presentar los dos un manuscrito,
conviniéron, obrando cuerdamente,
en que lo procedente
para ver cuál sería la triunfante,
era que cada cual, y á su manera,
leyese toda entera
la comedia del otro contrincante,
y dejando los trozos más selectos,
pusiera de relieve sus defectos...

¡La que se armó fué buena... pero buena!
¡Qué cosas se dijeron, Dios divino!
¡Como que no quedó ni media escena
donde *el otro* no hallara un desatino!

Llevada la cuestión hasta este punto,
como más acertado
para ver si arreglaban el asunto,
nombraron un jurado
compuesto de poetas eminentes
que, juzgando las dos, indiferentes,
les dieran la respuesta
de cuál era más digna de la apuesta.

Mas no ganó ninguna,
pues los ilustres vates
dijeron, de las obras, que eran una
completa colección de disparates,
sin atreverse á declarar con tino
cuál era, de los dos, mayor pollino.

Hoy se hace en esta corte y á diario
una pieza de trajes y telones
que un número ha alcanzado extraordinario
de representaciones.

Al llegar á este verso, me figuro
oir que me contestan mis lectores:
—¡Y esa pieza resulta, de seguro,
que es de *alguno* de aquellos escritores!
¿No es verdad?—¡No señor! No hay nada de eso,
pues *los dos* á la vez, en su fracaso,
demostraron con pruebas de gran peso
que ninguno servía para el caso.

Pero, amigo, se unieron cierto día
después que terminaron la querrela,
¡y mire usted por dónde la obra aquella
alcanzó un exitazo, todavía
más grande que el que obtuvo *La Gran Via!*

FIACRO YRÁYZOZ.

ABANIQUERÍAS

Cansado ya de escribir
cada día y cada hora
y aburrido de servir
á tanta y tanta señora;
cambiando *chicas* por *chicos*,
busco modas diferentes,
y escribo en *los abanicos*
de *los señores siguientes*.

En el de un guardia de orden público.

¡Permite, oh guardia incivil,
que profane descortés
tu abanico japonés
mi pensamiento sutil! (1)
Huyendo la chamusquina,
mientras que se están matando,
tú te estás abanicando,
recostado en una esquina.

Pasa tus horas felices
y no veas desafueros,
ni que roban los rateros
delante de tus narices.

Echate una tinta, ú dos,
aunque capuchinos lluevan,
en tanto que te relevan
en paz y en gracia de Dios.

Tu vida no comprometas
y menea el abanico
mientras yo, al verte, replico:
«¡Lástima de tres pesetas!»

En el de un cochero de punto.

Tu vida pasando vas
durmiéndote en el pescante
con el animal delante
y lo que venga detrás.
¡Dame el abanico, chico,

y oye mi trova, Simón!
Tu elevada posición
necesita el abanico.

El cielo te lo depara
y te servirá oportuno,
cuando atropelles á alguno,
para taparte la cara.

Y si llegas á escuchar
dentro algún diño de amor
y hace en el coche calor,
te debes abanicar.

No hay carrera sin propina:
nadie cual tú se divierte,
y además, tienes la suerte
de que vas siempre *en berlina*.

En el de un limpiabotas.

Dejo un pensamiento breve
en tu abanico ligero,
porque quede prisionero
de esa manita *de nieve*.

Si ves que llego hasta tí,
no por eso me rebajo.
¡Cuántos ¡ay! con tu trabajo
se dan lustre por ahí!

Tu modesta posición
te obliga á estar de rodillas,
¡y cuántas veces te humillas
delante de algún bribón!

¡Cuántos señoritos ruines
presentan botas tan rotas
que, en vez de *limpiar* las botas,
les manchas los calcetines!

¡Si un rato tienes de más,
abanícate en seguida,
para que pases tu vida
siempre *dale que le das!*

JOSÉ JACKSON VEYAN.

PALIQUE

Sr. D. C. José de Arpe, en la redacción de *El Resumen*.

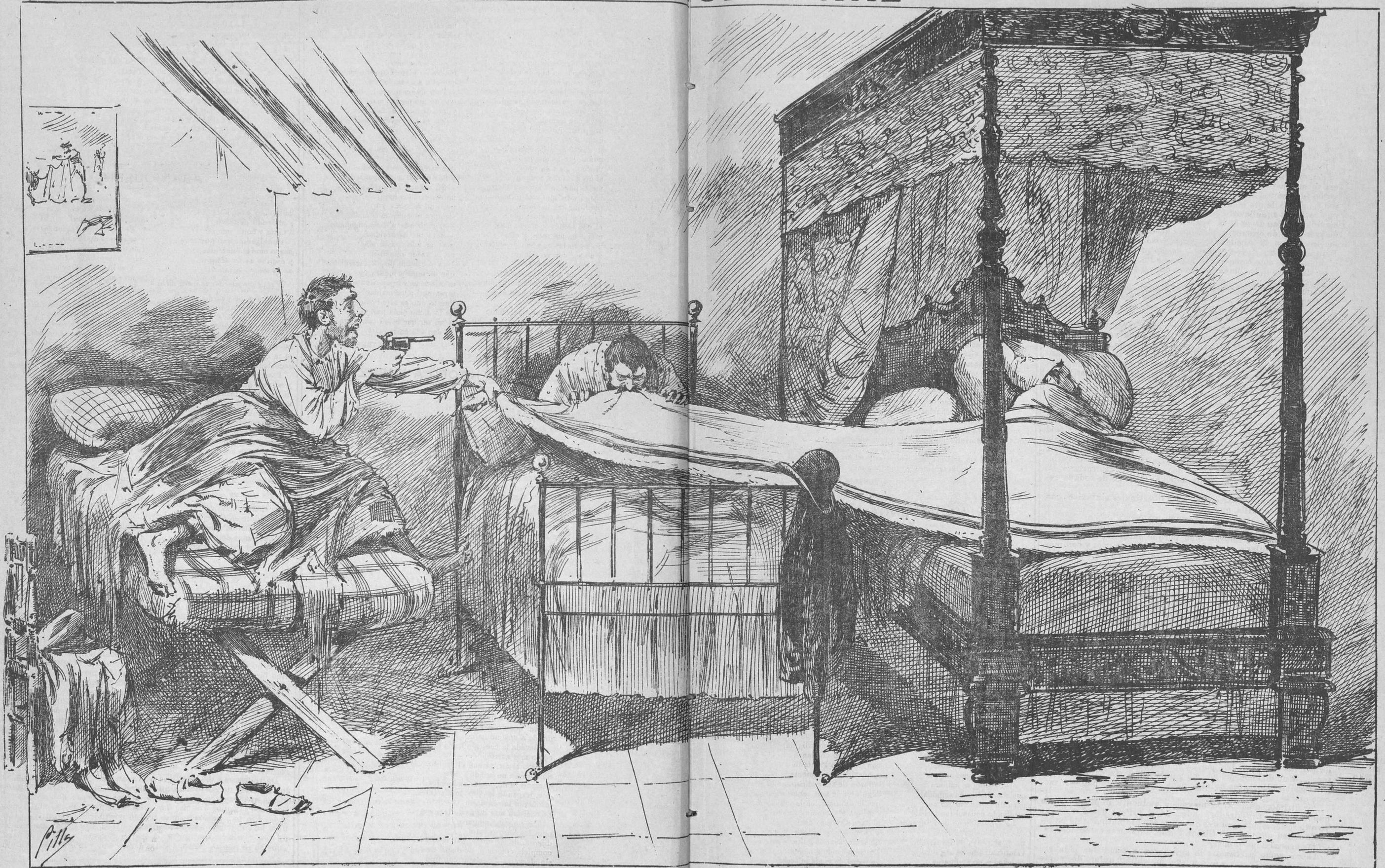
Muy señor mío: He recibido su muy atenta y respetuosa carta
del 4 de este mes y me apresuro á contestarle que dice usted
muy bien, ó por lo menos piensa muy bien, cuando dice que
“*puede ser posible* que yo no lea *El Resumen*...”. En efecto, vive
Dios que pudo ser. No sólo pudo ser posible, que era poco poder
ser, sino que en realidad no leo *El Resumen*. Sé que es un periódico
bien escrito, de mucha circulación; pero es uno de tantos
papeles buenos y que circulan mucho, y que yo no leo.

No sabía una palabra, señor de Arpe, de eso que usted me dice
de “la polémica provocada en contra mía (de usted) por el director
de MADRID COMICO...”. Es más, nunca le conocí á Delgado ese
flaco. ¿Conque polemista? ¡Habría pícaro! Y ¿cómo empezó eso,
vamos á ver? Empezaría él ¿verdad? llamándole á usted cual-
quier cosa fea, ó echándole en cara que no sabía gramática ó
geografía ó las cuatro reglas? ¿Fué así? ¿O acaso fué usted el
que empezó... por no saber gramática ó geografía ó las cuatro
reglas?

De todas suertes, pelillos á la mar. Eso no ha sido nada. En
los recortes de periódico que usted me envía, pegados unos á
otros, quiero suponer que con obleas (porque hay Aristarcos
por esos mundos que me *dan palos* y después me los mandan *pegados*
con pan mascado, que es una porquería), veo que yo tam-
bién he incurrido en la censura de usted, á pesar de que me tie-
ne por “crítico eminente, á quien respeta usted y admira...”,
Dios se lo pague. Pero, vamos á ver, señor de Arpe. Si tan emi-

(1) Verso tomado del original.

LA CUESTIÓN SOCIAL



—¡Ó la manta me tapa á m^í ó fuera la manta!

nente soy, ¿por qué supone usted que yo puedo creer que los rumores tienen oídos? Donde yo dije "se oían", usted opina que debí decir "se oía". Pues habrá sido una errata, señor. Un crítico eminente y admirable no confundirá el singular con el plural. Será errata. ¿No le parece á usted? Debió usted suponerlo así ó quitarme la eminencia. Esto por lo que á usted toca.

Por lo que me toca á mí, declaro que no hay tal errata y le juro por mi eminencia que en esta ocasión el que se equivoca es usted y no yo; y más vale así, como usted comprenderá; y hasta es más natural.

Yo escribí esto "... se oían más clamores." Y usted dice: "Se oía quiso decir, porque los clamores no tienen oído." No, señor Arpe; no hace falta que los clamores tengan oído para que se pueda decir "se oían clamores." Tendría usted razón si el *se oían* sólo pudiera usarse para la forma activa reflexiva, pero el *se oían* es ahí forma pasiva y no reflexiva; *se oían* es lo mismo que *eran oídos*.

Pude haber dicho *se oía* si hubiera querido emplear la forma impersonal activa, pero no era ese mi propósito, sino usar de esa forma pasiva que el que analiza mal puede confundir con el verbo impersonal ó con el reflexivo. Sí, señor Arpe, créame usted á mí; eso de "se oían clamores," es una oración segunda de pasiva, como aquella otra de "se desea la felicidad," que pone por ejemplo la gramática de la Academia en su página 246 al tratar de esta clase de oraciones, legítimas absolutamente. *Se firmaron las paces*, dice la Academia, y no *se firmó* las paces, ¿por qué? Porque las paces fueron firmadas; no porque se firmaran ellas á sí mismas. *Se oían clamores*, no porque ellos se oyeran á sí mismos, sino porque los clamores eran oídos. ¿Está usted conforme? Supongo que sí.

Lo demás de los recortes no va conmigo; pero ya que usted me respeta y admira y me llama eminente, me creo autorizado para darle algún consejo y una lección, ésta en colaboración con la gramática. Primero la lección.

Sostiene usted que se puede decir "marcharse á por eso." No, señor. ¡En la vida! Aunque lo diga Villamediana y aunque lo diga Villabuena no se puede admitir ese *á por*. Esto no es cuestión de autores. El *por* no necesita el *á*, éste no puede tener en tal caso un valor expletivo que el uso no admite. La gramática no autoriza ese abuso. Dice así la Academia: "A *por*, aunque tan repetido por el vulgo, es solecismo," (pág. 233).

También insiste usted en que puede escribirse "que impasible esperaremos," y tamaña concordancia vizcaína considera usted una figura... ¡Será la triste figura! No, señor; no hay tal figura que consista en concordar un verbo en plural con un sujeto en singular. Usted no quiso decir figura, sino licencia. Pues tampoco hay licencia para tales concordancias. ¿Sabe usted cómo la habría? Si usted, el impasible, fuera un ser colectivo. ¿Es usted un rebaño, verbi-gracia? No, señor; pues no puede decir *impasible esperaremos*. Es más, ni siquiera creo que habla usted en nombre de toda la redacción.

Quiere usted autorizarse para tales libertinajes sintáxicos con el ejemplo de Zorrilla, que dijo:

"Vosotros á quien maté,"

¡Pero, criatura, si está perfectamente dicho! No porque quien sea singular y vosotros plural, sino porque *quien* es invariable, y sirve para singular y plural, aunque también se usa, y con más frecuencia de algún tiempo acá, el plural *quienes*. La Academia, en su gramática, dice (pág. 58): "También es muy usado quien cuando se refiere á un antecedente plural, vr. gr.: "Los siete sabios á quien tanto venera Grecia." "Los primeros con quien topamos eran los gimnosofistas." (Saavedra. República literaria.)

Si usted quiere ser purista, señor Arpe, no debe decir: "Se extraña usted de que... etc., etc.," sino extraña usted. El extrañarse en ese sentido es el *s' étonner* francés, como apunta Baralt, con razón.

En los dos recortes que usted me manda con su carta respetuosa y atenta hay muchas incorrecciones á más de las señaladas, señor Arpe; pero no tengo interés en examinarlas aquí, ni tiempo para ello.

Y ahora va el consejo.

No busque usted notoriedad por tan mal camino.

No lo digo por lo de corregirme á mí el vocablo. No, señor; corrijaselo usted aunque sea al *verbo*... pero corrijaselo usted bien.

Clarín escribe cinco ó seis artículos por semana, tiene muy mala letra, no puede corregir pruebas... ¡Y usted, queriendo demostrar que *Clarín* no es infalible... no le encuentra más que un *lapsus* que no lo es, un *se oían* que está perfectamente dicho! Y de camino dice usted "á por," y lo otro de "impasible esperaremos..." Y lo defiende usted, ¡oh reincidente! ¿Le pagan á usted por escribir? Entonces no digo nada. Pero si no le pagan... merece que le peguen.

Por último, señor Arpe, ni yo soy eminente, ni usted sabe lo que se pesca... ¡Admirador... admirador!... ¿Pero usted cree que yo quiero tener admiradores que no saben gramática? ¿Me ha tomado usted por una D.^a Emilia Pardo, á quien se están comiendo las moscas de la prensa?

Ahora, como *particular*, le agradezco á usted sus palabras atentas y respetuosas y á lo mismo me obligo; quiero decir que yo también le admiro á usted y le beso la mano.

CLARÍN.

FILÍPICA

Llamé á la Musa ayer. Mohino y harto de coplitas ligeras, sin meollo, burbujas de jabón que se deshacen y no dejan ni rastro al primer soplo, quise cantar al fin, romper el molde donde no entran lo grande ni lo hermoso y cambiar la bandurria del payaso por la trompa marcial ó el arpa de oro. Cedió á la invocación, pero ¡en qué estado se presentó la pobre ante mis ojos! Con la túnica blanca hecha jirones, trístísimo el mirar, pálido el rostro... —¿Qué quieres?

—Que me inspire.

—¡Qué te inspire,

después de haberme puesto de este modo!

—¿He sido yo tal vez?

—Tú y otros cuantos,

pobres orugas del jardín de Apolo, que me pedís aliento á todas horas para arrastrarle luego con vosotros.

—¡Señora!

—¡Qué señora ni qué cuerno!

(aquí dos improperios muy sonoros).
¿Para qué me queréis? Soy una carga que no podéis llevar sobre los hombros. La inspiración que os doy, sublime á veces, no os cabe en el cerebro huero y fofo, y trocáis en melindres femeninos la viril energía que os otorgo. Si os burláis del amor, si de las luchas de la pasión más noble hacéis jolgorio y tomáis los guijarros por montañas y achicáis entre risas lo grandioso; si vivís sin creencias, siempre haciendo chacota de la fe, burla de todo, ¿qué pretendéis cantar, que no resulte bajo, podrido y ruin como vosotros? Yo necesito gente que me crea, hombres fuertes, ingenios vigorosos, no muchachuelos cínicos y audaces á quienes sirva el corazón de estorbo. Vosotros no sentís, no tenéis alma... ¡Morralla nada más! ¡morralla todos!

.....
Y sin decirme más, entre las sombras se fué desvaneciendo poco á poco.

SINESIO DELGADO.

LA SEGUNDA FAMILIA

I

Según las crónicas cuentan, don Crisanto Palomilla, marido de su señora y padre de sus dos hijas, al mudarse á un primer piso de la calle de la Esgrima, recordó que muchas veces sus amigos le decían: «Intimar con los vecinos trae ventajas positivas, puesto que en ellos tenemos una segunda familia.»

No echó el dicho en saco roto; comenzaron las visitas y poco á poco nacieron amistades cordialísimas entre Crisanto y las gentes que moraban en la finca, buenas unas, malas otras, unas pobres y otras ricas.

El inquilino del bajo (que era un bajo de capilla) puso academia de solfa, es decir, de algarabía, y otro vecino se hubiera quejado de ello en seguida, pero don Crisanto ¿cómo, mediando amistad tan íntima?

La esposa de un don Segundo, que en el segundo vivía, no estaba bien de los nervios veinticuatro horas seguidas, y ustedes no se figuran quién resultaba la víctima? Pues... la mujer de Crisanto,

su más próxima vecina, que, por serlo, á cada instante tenía que darle tila.

El vecino Luis Izquierdo (que el tercero izquierda habita) bajaba á ver á Crisanto á la hora de la comida, y aunque nadie le invitara, tomaba todos los días con Crisanto su café, su cigarro y su copita.

El del tercero derecha (que en derecho era un Cortina) promovió en el matrimonio discusiones intestinas; porque dió en la flor (y nata) de mirar á la costilla de don Crisanto y hacerla carantoñas expresivas.

Y, por último, una viuda (que por cierto era muy linda y habitaba el sotabanco más tronada que afligida) fué tomando confianza con Crisanto Palomilla y, aduciendo solamente la razón de ser vecina, llegó á darle más sablazos que le dió nadie en la vida.

«Para algo somos vecinos» al buen Crisanto decía, y como él y su señora no le negaban la guita, desempeñando á menudo su papel de viuda mísera, logró ver desempeñadas también algunas cosillas.

Aparte de todo esto, que no agradaba ni pizca á don Crisanto, empezaron en la casa las hablillas, los dimes y los diretes, los cuentos y las envidias y los falsos testimonios y las broncas y las riñas.

En fin, tan mortificado llegó á verse Palomilla, que pensando en trasladarse á un desierto cualquier día, exclamaba á cada paso: «¡Y aún habrá bestias que digan que en la vecindad tenemos una segunda familia!...»

II

Trascurrieron varios años. Don Crisanto aún residía

en la casa mencionada de la calle de la Esgrima; y por una de esas cosas que suceden en la vida, sin saber por qué ni cómo, se enredó con la viudita que habitaba el sotabanco más tronada que afligida; y hoy, que en el piso primero tiene á su esposa y sus hijas y que á su prole bastarda y á su amante tiene arriba, diciendo va lo contrario que en otros tiempos decía, y exclama el muy sinvergüenza: «¡Con cuánta razón afirman que en la vecindad tenemos una segunda familia!»

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

COMUNICADO

Querido Sinesio: Para desvanecer un rumor que me molesta y me ofende, te suplico la inserción de estas líneas en tu popular periódico.

Me envanezco con la amistad de los Sres. Ramos Carrión y Vital Aza, el deber que me imponen la amistad que les profeso y el amor á la justicia me obliga á declarar espontáneamente que soy el primero en reconocer la originalidad del *Rey que rabió*, como fué el primero en aplaudir los primores de que está llena la obra.

Respecto al parecido que se ha supuesto pueda tener con *Un Roi en vacances*, declaro que no conozco este monarca, de quien no tenía otras referencias que las que en una conversación particular me hizo el popular poeta D. Juan Martínez Villergas, y que son exactamente las mismas que consigna en su carta publicada en *El Liberal*.

Después de esto no tengo necesidad de detenerme á decir que soy completamente ajeno al suelto del periódico festivo que ha originado esta cuestión, y por consiguiente, al pseudónimo *El Implacable* que lo firma.

Siempre tuyo afectísimo amigo y compañero,

RICARDO MONASTERIO.



Vital Aza, nuestro querido compañero, á quien el MADRID CÓMICO debe gran parte de lo que es, el ingeniosísimo autor dramático, regocijo de nuestra escena, acaba de publicar un libro de versos. No hay para qué decir cómo serán los versos siendo de Vital, ni de qué manera los recibirá el público, que siempre recibe bien lo bueno.

La colección forma un tomo de más de 350 páginas, y se titula *Todo en broma*. Por si algo le faltaba, que no le faltaba nada, pero, en fin, á guisa de propina sabrosa, le acompañan un prólogo de Picón, un intermedio de Estremera y un epílogo de Ramos Carrión, tres artículos á cual más gracioso y chispeante.

Todo lo cual no cuesta más que tres pesetas cincuenta céntimos en cualquier librería.

¿Que se conoce al demonio por el rabo y por los cuernos? Pues entonces, hija mía, en tu casa está el infierno.

JOSÉ R. AVELLANAL.

Leo. Primera parte:

«El comité de la sociedad de teléfonos de Londres ha ordenado que las telefonistas usen distinto peinado y traje que las señoras de la alta sociedad...»

¡Bien hecho! Separación de clases.

Parte segunda:

«...y parece que el comité de Madrid ha mandado que sus telefonistas no usen pendientes ni joyas de ninguna clase.»

¡Claro! Para que no vaya á creer el vulgo que el comité las paga espléndidamente.

—Decid, niño, ¿en qué se parecen el comité de Londres y el de Madrid?

—En que se meten en los charcos.

Pero ¿lees á la patrona los dramas que escribes? ¡Bah! Siendo así, ¿por qué te quejas de que te trate tan mal?

Dios nos colocó en el mundo para cumplir un destino. Como siempre estoy cesante, me es imposible cumplirlo.

ALBERTO CASAÑAL.

¿Han leído ustedes *Corazón y brazo*?
¿Todavía no? ¡Pues léanla ustedes en seguida! Es original de Pascual Millán, crítico de toros y de música, estilista notable y periodista de lo poco que queda. Con lo cual no hay para qué añadir cómo será la novela. *Ainda mais* la ilustran preciosos dibujos de Unceta, Lhardy, Taberner, Espina, Campuzano, Menéndez Pidal, Ferrant, Casanovas, Gros, Martínez Abades, Benlliure y otros distinguidos pintores.
Cuesta el libro 3,50 pesetas.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un patriota.—Sí, demasiado patriota. No hay motivo para entusiasmarse ahora con el 2 de Mayo. Y para entusiasmarse con versos malos, menos.

Cuasebol.—Lo siento ¡ay! pero no puedo acceder á ninguna de las dos peticiones.

Uno que se marcha.—Vaya usted con Dios, y no haga usted versos.

Le Démon Sage.—Soneto pasado de moda completamente.

Tartarin.—¿Quiere usted mandar la firma? Porque lo del castillo es cosa graciosa.

Sr. D. C. G. y S.—No llegó á tiempo de ser contestada. No envíe usted una composición cada semana, porque... ¿qué vamos á hacer con ellas? Espere usted á que se publique la primera.

Don Trifón.—Son malas ambas á dos, y perdone usted por Dios.

Ernesto.—«Emilia de mi vida, mi tesoro...»

¡Caramba! Pero ¿no ha oído usted decir que esas cosas no deben publicarse?

Camamirla.—Descuidadita la forma, y... con poca gracia.

Sr. D. F. P.—Madrid.—¡Y dale con lo mismo! Escribir versos para decir que se adora á Fulana, ó que es muy bonita Mengana, es perder el tiempo. O decir algo más, ó no decir ni eso.

Filipo.—Tampoco los cantares tienen nada de particular.

Pedro.—Muy bonito romance. Y de Quevedo.

Sr. D. B. F.—Córdoba.—Sí, señor; no hay inconveniente. Al hacer la suscripción repita las señas, por si para entonces se extraviara la carta.

Sr. D. A. R.—Madrid.—¡Oh! ¡Nada de cantares sentimentales! Porque á lo mejor se va uno á lo cursi.

Vicente.—«Versos te prometí hacer y cumpliendo mi promesa me senté junto á la mesa con buen tintero y papel y aun cuando la honra esa de hacer versos no me cabe...»

(Efectivamente.)
por decirte que eres bella me parece que ya salen los versos ¡de mi cabeza!»

No señor, no; esa es la equivocación lamentable. No han salido versos.
Fusta.—«Una declaración.» ¡Otra! Pues ¡ca! no puede ser. Se declara uno en el baile y no en el periódico.

Sr. D. E. S. V.—Confesemos que no versifica usted con toda la naturalidad que fuera menester.

Un estudiante.—Mientras sigue usted á Calderón casi al pie de la letra va usted bien, pero en cuanto se separa usted y se queda sin andadores... zas! se estrella.

Un burgués.—Por eso le tendrán á usted rabia los obreros. Por versificar peor que ellos, si á mano viene.

Cayo Hueso.—«Cibeles, gata que de guapa presumía.»

¡Basta! ¿Dónde vamos á meter esas dos sílabas que sobran?

El capitán Centellas.—Digo á usted lo mismo que á otros señores ya citados. Las poesías amorosas han de tener algo nuevo, porque si no son insoportables, capitán.

Sr. D. A. G.—Madrid.—¡Por Dios! Fíjese usted en los consonantes, en las sílabas, en las concordancias, etc., etc... Esos defectos no pueden pasar. Y las tres los tienen.

Pelliza.—¡Yo qué me he de ofender, hombre! En caso, la gramática.

Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO



Se alquilan dos corazones.

Haga usted proposiciones!



“Entre los regalos con que fué obsequiada anoche la distinguida tiple señorita Menéndez, llamó la atención un lindísimo capricho de perfumería, comprado, por cierto, en casa de Thomas, calle Mayor, núm. 36.”

—¡Hombre! Habrá sido barato el regalo, porque allí compré yo la cinta de Armenia para perfumar habitaciones y no me costó más que 25 céntimos la vara.



—Me atizó un palo Vicenta por poco me revienta.
—Y el baston ¿no se ha vendido?
—¡Cál! ¿Se lo había vendido? ¡Gras, hijo, Alcalá, 40!

¡DESGRACIA!
D. M. S. ha puesto fin á sus días por no poder lograr el único capricho que había tenido en su vida. Hacerse un traje en la sastrería de Agustín Pérez, Príncipe, 39

¡Y dice la prensa que se ignoran los móviles!



—Mi ropa no tiene brillo; voy elegante y sencillo. Donde quiera que me paro se para la gente. ¡Claro! ¡Me viste Jesús Castillo!

LEÓN, 28



—Yo no me podría sentar así si no tuviera pantalones de la sastrería de Pesquera, Magdalena, 20, porque se me harían rodilleras en seguida!

CONSEJO

Á LAS MADRES DE FAMILIA

Ya lo dijo Mahoma en el libro 2.º, capítulo 27 del Korán: — Si queréis que vuestros hijos no lloren cuando se les rompan los juguetes, compradlos en *El Bebé Parisien*, Barquillo, 5

¡Los que se venden allí no se rompen nunca.



Biblioteca de MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELBADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAFORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES DE MADRID CÓMICO

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas. = *Encuadernado en tela.*—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID